



ROGAD A DIOS EN CARIDAD POR EL ALMA

DE LA SEÑORA

DOÑA MARIA MERLO CASTRO

Que falleció cristianamente el día 1.º de Noviembre de 1935

A LOS 33 AÑOS DE EDAD

D. E. P.

Su esposo, don Juan Fernández y Donado-Mazarrón; madre, doña Teodora Castro, viuda de Merlo; padres políticos, don Manuel Fernández Roldán y doña Ascensión Donado-Mazarrón; hermanos, doña Zoila y don Ricardo; hermanos políticos, don José Luis Megía Cornejo y doña Aurora Calvo de Viedma, doña Agustina, don José, don Agustín y doña Ascensión Fernández Donado-Mazarrón; tíos, sobrinos, primos y demás parientes

Al participar a sus amistades tan dolorosa pérdida les suplican la encomienden a Dios Nuestro Señor en sus oraciones.

CONVERSACIONES DE CAFÉ

¡POBRE EUROPA!

Sentados ante la mesa de un café, mi amigo y yo discutíamos sobre el tema de actualidad: el conflicto italo-etíope.

—La situación es muy grave—me decía mi amigo que aquella tarde había asistido a la sesión del Consejo de la S. de N.—¿Quién había de sospechar que un estado casi desconocido pasara de la noche a la mañana a ocupar el primer plano de discusión? El problema es muy difícil, ya que no debemos esperar que Mussolini se arredre ni aun ante la amenazadora Inglaterra.

¡Pobre Abisinia!
—¡Pobre Europa!, digo yo—interrumpió en buen español un extranjero que ocupaba una mesa vecina a la nuestra.

Le miramos sorprendidos. Estábamos seguros de que en aquel café no podíamos hablar tranquilamente en nuestro idioma sin que nadie nos entendiésemos, y ahora notábamos nuestro engaño. Era el señor en cuestión alto, rubio, de unos cincuenta años; iba muy bien trajeado y su porte era distinguido.

—Perdonen mi interrupción, caballeros españoles,—se excusó—, pero siempre que oigo hablar de guerra me presenta ante mí la visión trágica del año 14 y no puedo remediar mi nerviosismo. Mi padre, mis hermanos, todos murieron...

—Señor,—contestó mi compañero—le rogamos se sirva disculparnos por haber herido inconscientemente su susceptibilidad.

—La culpa no es de ustedes, es mía.

Después de estas frases de disculpa, continuó diciendo:

Yo iba escuchando la conversación que ustedes mantenían. Me gusta mucho oír hablar el español porque me trae recuerdos de la noble España, pero al escuchar la exclamación: ¡Pobre Abisinia!, no pude menos que pensar ¡pobre Europa! y lo pensé en voz alta. Me voy a explicar, si ustedes me lo permiten.

Hubiese sido descortesía por nuestra parte no atender su intervención tan amablemente ofrecida, así pues, le invitamos a nuestra mesa.

—Ustedes reconocerán conmigo—empezó diciendo, tomando asiento a nuestro lado—que el peligro lo tenemos en casa y, por lo tanto, esto es lo que más debe preocuparnos.

—Muy bien, contesté, pero esta es una doctrina algo egoísta.

No lo crea, me dijo. Un etíope podrá valer tanto como un europeo—moralmente hablando—, pero cien europeos valen mucho más que diez abisinios. ¿No recuerdan los siete millones de muertos en la gran guerra?

—Entonces la Sociedad de las Naciones no tendría ningún fin, dijo mi compañero.

—Verán ustedes. La Sociedad de Naciones debe ser siempre un instrumento de paz y nunca de guerra, porque sino nos vamos a encontrar con que toda clase de conflictos localizados en un lugar van a tomar

dimensiones tales, que el mundo quedará transformado en una hoguera y es así como se evita una guerra? En el conflicto actual la Sociedad de Naciones debiera haber empezado por divulgar, valiéndose de la prensa, la verdadera situación interior de Abisinia. Con ello se hubiera logrado una mejor comprensión y, estos mismo individuos que hoy gritan belicamente por Etiopía, serían los mismos que, o bien aplaudirían una intervención civilizada o permanecerían callados.

Italia—continúa diciendo—creyó encontrar este espíritu en el seno de la sociedad de las naciones, pero... Se equivocó. Esta vez el señor Eden parece haber olvidado—desgraciadamente—aquellas palabras que pronunció representando a su gobierno en la sesión celebrada por la Sociedad de Naciones el 18 de marzo de 1934. Yo las recuerdo y se las voy a decir a ustedes: El Consejo recuerda—dijo—que según el art. 23 del Pacto, los miembros de la Sociedad se obligan a asegurar un trato equitativo a las poblaciones indígenas en los territorios sometidos a su administración. El Gobierno británico estima y viene a declararlo solemnemente que La Liberia ha faltado tan gravemente a la obligación que le corresponde como miembro de la Sociedad de Naciones que ésta estaría completamente en el derecho de considerar su exclusión en virtud del cuarto párrafo del artículo 16. Y ahora escuchen: Si el delegado de la Gran Bretaña no estimó oportuno proponer la exclusión en el caso de Liberia, ello no implica la idea de su disconformidad, por lo tanto, menos debiera haber existido en el caso mucho más grave de Etiopía. Estas declaraciones hechas en el

Consejo sumadas a otras parecidas. Luego el desarrollo del conflicto chino-japonés y la guerra reciente entre Bolivia y Paraguay—acciones tan acertadamente localizadas—, hicieron decir al barón de Aloisi que en Ginebra había dos pesas y dos medidas.

—Créanlo ustedes, hay que elegir el mejor de los males, cueste lo que cueste.

Después de pronunciar esas palabras, añadió suspirando:

—Hoy estoy solo en el mundo, todo me lo quitó la guerra. Solo me queda la libertad de poder viajar...

Aún no había terminado la frase, cuando vino un «groom» y le entregó una carta. Nos pidió permiso para leerla. Rasgó el sobre y al cabo de unos segundos nos dijo, dándonos el escrito:

—Tomen, hasta la libertad he perdido!

En efecto. Siendo marino de la reserva, el Gobierno de su país requirió su presencia.

Dr. Curros Castallo

Banco de Bilbao

FUNDADO EN 1857

CAPITAL Pesetas 100.000.000

Capital emitido desembolsado 69 millones 750.000 y Reservas 87.652.773,66

Pesetas 157.402.773,66

Dirección telegráfica: BANCBOAO

Domicilio social: BILBAO

Sucursales en las principales plazas españolas y en París y Londres,

Corresponsales en todo el mundo

Realiza toda clase de operaciones

de BANCA Y BOLSA

VI Salón de Otoño

«Sangre gitana»

Diré sinceramente que tenía gran deseo de conocer *Sangre gitana*, una producción de Katherine Hepburn, estrenada recientemente en el Cine Avenida, de Madrid. Pero cuanto el título prometía resultó frustrado. Poco hubo de gitano y menos de sangre. Ya el título del original me decepcionó, y no poco. Entre *The little minister* y *Sangre gitana* media un abismo.

La obra se desarrolla en una aldea de Escocia, y en el siglo pasado. Yo no sé cómo serían los gitanos entonces; serían de cualquier forma, seguramente, menos tan absurdos como se pretenden hacer, en *Sangre gitana*, la vida y las reacciones psicológicas de Katherine Hepburn.

Culebridad

El término *culebridad* se me ocurrió una noche en cierto cinema de Málaga, mientras la proyección de *Cleopatra*, otra película de Claudette Colbert. Confieso que entre mis amigos dilectos, a quienes he confiado la palabra, ésta no ha merecido ningún éxito, y, en cambio, sugirió censuras. Mas como, a mi juicio, la actividad cesurante contra mi nuevo término carece de la consistencia precisa, creo pertinente traer la *culebridad* a a mi VI Salón de Otoño para someterla al análisis que requiere y a la discusión que reclama.

Cuando el espíritu de una mujer se torsiona en espiras, con fuerza contractiva elástica, en torno al objeto sexual apetecido, diremos que en tal espíritu existe la *culebridad*. No importa que ese retorcimiento, ese estrujar sinuoso, no obedezca a